



EXPOSICIÓN NACIONAL DE 1883
*Balance simbólico
y exhibición indentitaria*

Textos Pedro Juan Calzadilla

Sí, la Exposición del Centenario fue un hecho glorioso en la historia de la Patria, un monumento magnífico levantado en medio de la sociedad venezolana, un fausto presagio de futura grandeza y de prosperidad creciente, una espléndida demostración de las fuerzas vivas de la República bajo el Gobierno vigoroso y progresista del Ilustre Americano.

ADOLFO ERNST, Obras completas, t. III, La Exposición Nacional de Venezuela en 1883, p. 700.

En 1883 ocurrieron las que hasta entonces fueron sin duda las fiestas cívicas más grandes e importantes realizadas en Venezuela. Se inauguraron obras públicas, obras de arte, estatuas. Se otorgaron reconocimientos y se realizaron eventos culturales, se entregaron premios literarios, salieron de las prensas publicaciones diversas, se pintaron cuadros, se cumplieron ceremonias especiales con comidas y bebidas; desfiles cívicos, discursos a granel, elogios y remembranzas. Para coronar este festejo centenario del natalicio de Simón Bolívar se llevó a cabo entonces una relevante y exitosa exposición nacional a la usanza de entonces. 1883 es sin duda un año excepcional, un momento memorial por excelencia.

El momento conmemorativo será para el gobernante de turno, Antonio Guzmán Blanco, una ocasión ideal para desplegar su poderío, poner a prueba el funcionamiento de sus redes de poder y reiterar el mensaje de unidad nacional fundado en la épica emancipadora y en los recuerdos de la figura de Bolívar. El centenario brindó a los liberales amarillos una extraordinaria ocasión para hacer por sobre todas las cosas una apología del régimen guzmancista, que contaba ya con trece años de desempeño. La memoria oficial bolivariana abonará nuevamente al servicio del gobierno amarillo, al tiempo que puso a prueba la vitalidad de los sistemas burocráticos y de gobierno erigidos a lo largo de esos años.

Son muchas las aristas desde donde se pueden estudiar los festejos de 1883. A los efectos de la reflexión que se propo-

Théodore Gérard. La reprimenda, 1880
Colección Fundación Museos Nacionales – Museo de Bellas Artes



ne ahora interesa, a partir de la documentación de la llamada Exposición Nacional, examinar su significación en el proceso de reelaboración y difusión de referentes identitarios. Se busca poner de relieve el carácter nacional de esos lugares memoriales, y cómo van a sumar a las fuerzas que claman por congregarse al país y alejar los factores disgregatorios.

Sin duda, uno de los eventos de mayor trascendencia

y perdurabilidad ocurrido en 1883 en Caracas, con motivo de la celebración del Centenario del Natalicio del Libertador Simón Bolívar, fue la llamada **Exposición Nacional**, convertida desde entonces en un “lugar” excepcional de memoria¹. En el marco de la historia de la formación de la nación, el citado evento tiene un lugar destacadísimo en la difusión y ordenación de los referentes identitarios y en la puesta en escena nacional del país.

Se trató sin duda de un evento que compendió en un mismo lugar y al mismo tiempo símbolos y emblemas de las distintas regiones y exhibió un inventario de los logros y potencialidades de los venezolanos en el quehacer de la producción de bienes materiales y espirituales. Quizás poca cosa a la luz de hoy día, pero si pensamos en la Venezuela de hace ciento veinte años, fue sin duda de una proeza política, organizativa y cultural, que dejó huellas

en el imaginario nacional y que ordenará alrededor de la imagen de Simón Bolívar una propuesta de lectura de un país, de su pasado, su presente y su futuro. La exposición se convirtió en el lugar medular de la gran fiesta del Centenario y en la pieza que completó el matrimonio simbólico entre la identidad “nacional” y el recuerdo de Bolívar.

En efecto, entre el **2 de agosto y el 4 de septiembre de 1883** estuvo abierta al público en Caracas la Exposición Nacional de Venezuela, realizada en el marco de las actividades conmemorativas del Centenario del Natalicio de Simón Bolívar. Concebida como una ocasión para mostrar una imagen global sobre el país en sus diversos aspectos y en sus diversas regiones, fue sin duda la actividad más relevante de la gran fiesta del Centenario. El gobierno de entonces destinó ingentes cantidades de dinero, recursos y toda la influencia del presidente de la República y sus colaboradores para garantizar la excelencia y el éxito de aquella inédita actividad, que se proponía una no poca ambiciosa finalidad de dar “...una idea,



Hubert Bellis. Bodegón, ca. 1883. Colección Fundación Museos Nacionales – Museo de Bellas Artes

la más exacta posible del estado actual de Venezuela y de su adelanto progresivo en sus distintas épocas”.

Más allá de los problemas y limitaciones, el objetivo se cumplió: durante un mes, y bajo el sacro patrocinio del recuerdo de Simón Bolívar, un imponente edificio de Caracas compendió lo esencial de las producciones industriales, espirituales y culturales de los venezolanos, sus quehaceres y una amplia muestra de los recuerdos naturales que existían en su territorio. Se trató de la realización de una exposición nacional a la usanza de la época y en el espíritu de entonces. Las élites dirigentes no hicieron otra cosa que andar el camino establecido desde la segunda mitad de siglo XIX por la fuerza modernizadora: la organización de grandes exposiciones internacionales, verdaderos torneos nacionales y parapetos publicitarios para la promoción de los países. Como actividades que terminaron sirviendo de entrenamiento para la organización de la muestra nacional del año centenario, Venezuela concurreó con modestas muestras a muchas de las exposiciones internacionales organizadas entonces en varias partes del mundo, entre las que destacan las de Londres (1862), París (1867), Viena (1873), Bremen (1874), Santiago de Chile (1875), Filadelfia (1876), París (1878) y Buenos Aires (1881) ².

A diferencia de todas éstas, la de Caracas de 1883 nunca pretendió ser internacional, sino por el contrario tuvo el tino de ser una muestra nacional, a pesar de que contó con la presencia de algunos objetos provenientes del extranjero. Se trató de una muestra volcada hacia el interior del país, lo que permitió que se generaran interesantes experiencias en lo que tiene que ver con el inventario general de sus recursos naturales, sus adelantos agrícolas, técnicos e industriales y sus obras espirituales y artísticas. Un total de 62.761 personas compraron entonces sus billetes para ver la muestra ³, exhibida en un edificio especialmente construido para la ocasión y ubicado en el centro de la ciudad, frente al palacio legislativo y al lado de la universidad. La junta directiva trabajó sin descanso por algo más de un año para garantizar el éxito de esta actividad ⁴. La detallada crónica que acer-

tadamente realizó Adolfo Ernst, el célebre sabio y científico germano-venezolano, curador de la exposición y su alma y motor, expresa muy bien la agitación y rebullicio que se formó en la capital con los preparativos y la siguiente inauguración el 2 de agosto de 1883 ⁵. Y no era para menos: la inédita actividad movilizó una inusitada cantidad de personas, objetos y recursos; involucró a las distintas regiones y pueblos del país, y se convirtió en el centro de atención de al menos los caraqueños y de buena parte de los venezolanos de la provincia.

¿Puede acaso pasar desapercibido un hecho de este calibre para el historiador que busca las pistas que permitan comprender los fundamentos de la memoria nacional y los caminos a través de los cuales se inventariaron, jerarquizaron y difundieron los íconos identitarios y memoriales? En adelante se comentan algunas de las significaciones mayores que pueden leerse en la documentación de esta exposición, a la luz de las preguntas sobre la dimensión política, cultural y memorial de la formación de la nación venezolana.

UNA VISITA *a la exposición*⁶

La captación de la importancia de esta exposición desde el punto de vista de la construcción de la identidad nacional pasa por examinar los contenidos de la muestra, medir sus proporciones y establecer relaciones entre los distintos factores que estaban entonces en juego. En este sentido se requiere conocer qué cosas fueron exhibidas y cómo y dónde fueron dispuestos los objetos. Por suerte, las crónicas elaboradas por los organizadores y algunos testigos permiten darnos una idea bastante pormenorizada del evento, en especial la elaborada por Adolfo Ernst.

¿Será acaso inútil hacer una suerte de reconstrucción del recorrido que realizara determinada persona, un visitante imaginario por los espacios de aquel palacio en 1883?



Jean François Xavier Roffiaen. El castillo de Chillon a orillas del Lago de Ginebra, 1881. Colección Fundación Museos Nacionales – Museo de Bellas Artes

En el Palacio de la Exposición había un total de once grandes grupos de objetos distribuidos a lo largo de todo el conjunto de edificios y espacios destinados para ello. El primer gran espacio era el Salón Bolívar, ubicado en la entrada a mano derecha, donde se mostraron los objetos que pertenecieron al Libertador y las ofrendas que enviaron las diversas regiones, corporaciones y personas. Justo al lado, también a la entrada, en el Salón de Bellas Artes, reposaban varias obras de pintores venezolanos, una estatua del Sagrado Corazón y fotografías diversas, mientras que en los dos grandes corredores se exhibían materiales de imprenta y publicaciones, diversos productos elaborados por las industrias nacionales como cigarrillos, café, tabacos, pastas italianas, aparatos ortopédicos, pólvora y una imitación de la gruta de la Virgen de Lour-

des. Quien entraba en los dos salones ubicados del lado occidental del edificio admiraba también cosas diversas como licores, joyas, sombreros, ebanistería, aparatos de dentistas, tapicería, zapatería, talabartería, tenería y colchonería. En el patio central, muy interesante, colocaron piedras con jeroglíficos indígenas y muy cerca unos escudos de armas. De allí se podía continuar, por ejemplo, hacia el salón sur del palacio donde además de muestras de café y de capullos de seda propiedad del Ilustre Americano, se encontraban las exposiciones colectivas de las secciones Cumaná, Maturín, Barcelona, Nueva Esparta, Guzmán Blanco, Bolívar Guárico, Cojedes, Portuguesa, Zamora y del distrito Guzmán Blanco, correspondientes a las regiones orientales y centrales del país. Las secciones Táchira, Mérida y Trujillo, integrantes de la gran

región andina, expusieron sus productos en uno de los salones orientales, y en el otro, una muestra de la industria femenina con bordados, tejidos, flores artificiales, entre otras, además de varios libros y una estatua de yeso del Libertador. Las secciones Apure y Guayana se ubicaron en una pieza vecina al Salón de Bellas Artes. Aquí terminaría el recorrido de haberse limitado la muestra al edificio especialmente construido para ello, pero la cantidad de participantes superó las expectativas y se hizo necesario incorporar el edificio de la Universidad, contiguo al palacio de la exposición. Una vez en la parte baja del amplio edificio de la Universidad, en sus patios y corredores, continuaba la celebrada exposición. El contraste era notable: en el patio central el visitante se tropezaba con caballos, mulas, ganado vacuno, animales salvajes y aves domésticas. Una parte de los corredores de la planta la ocuparon los objetos provenientes del Zulia: cueros, jabón, velas, conservas, impresos, productos químicos, máquinas, réplicas de los botes Venezuela y Zulia, y artículos farmacéuticos, licores, sombreros, cacao, maderas tintóreas, tejidos, bastones, muebles, bustos de Bolívar, de Guzmán Blanco, de Rafael M. Baralt y de Rafael Urdaneta, retratos de próceres de la independencia, modelo de un barco con todo su aparejo. Dos corredores reúnen distintos productos importados desde Europa y los Estados Unidos: champaña, vinos, ciruelas pasas, aceites, licores, zarazas, driles y lona pintada. Argentina y Curazao comparten un salón y muestran colectivamente licores, cestas, artesanías, antigüedades de los indígenas; al lado se encuentran la sección cubana exhibiendo fósforos de cera, productos químicos, tabacos, azúcares, minerales, camisas, corsés y pelucas. Al sur, también la exposición colectiva de los Territorios Federales Goajira, Amazonas y Alto Orinoco y, muy cerca una jaula con diversos animales vivos. Siguiendo hacia el oeste y luego al sur del patio llamado Cagigal, la Sección Falcón exhibía su muestra colectiva, acompañada de numerosos artículos y maquinarias industriales importadas: molinos de café, artículos de ferretería, máquinas de coser, cuchillería, relojes de mesa y pared, perfumería y jabones, enseres de cocina, cordel de sisal, artículos de caucho, entre otros. Hacia la fachada sur varias máquinas de trilla para ca-

fé, aparatos gimnásticos, máquinas de escribir, galletas, prensa y artículos para imprimir, revólveres, molinos y cerveza; también arados, una segadora, una prensa para hacer billetes, una máquina de vapor, trapiches, etc. En los corredores del piso alto de la Universidad continuaba la exposición. La compañía encargada de construir el ferrocarril desde la Guaira a Caracas presentó una muestra de fotografías de Londres. En un salón contiguo se podía apreciar, provenientes de diversas partes del país, los siguientes productos: amargos, chocolate, almidones, sombreros, productos farmacéuticos, ron, azúcar, tabacos, camisas, bebidas gaseosas, cacao, hesperidina, vinagre, cueros curtidos y un cuadro hecho de pelos.

En los corredores orientales y occidentales del patio Vargas se alojaba la muestra colectiva del estado Lara, y además unas cervezas de Hamburgo, tejidos, zapatos y chocolates de Caracas. De España varios productos: aceite, vinos, libros de enseñanza primaria. Luego productos criollos como sebo, alfarería, café, granos, papelón, aguardiente, rones, vinagres, una mira para nivelaciones, un timbre eléctrico, una muestra de trabajos de la Litografía del Comercio y una exposición colectiva de la colonia de inmigrantes Guzmán Blanco. Los restantes corredores contenían más o menos los mismo objetos, mezclados entre productos criollos e importados: una muestra de la Compañía de Teléfonos, molduras de yeso sobre lienzo, dos cuadros ofrendados por el estado Carabobo, artículos de vestuario de “Au bon Marché”, pianos, vestidos de hombre, trabajos en marfil y una muestra colectiva de Bélgica. Al final, en el corredor que va hacia el sur, una muestra de cuarzo aurífero y varias fotografías de unas minas de cobre en España, entre otras cosas, completarían el recorrido. Varias puertas permitían la salida hacia el paseo y plaza Guzmán Blanco, ya fuera del edificio, donde en sus extremos se habían instalado un par de corrales y, en el Salón de Sesiones del Senado de la República, el gigantesco fresco de Martín Tovar y Tovar sobre la firma del Acta de la Independencia ⁷.

Por los ojos de este visitante imaginario transcurrieron una enorme cantidad de objetos de diversa índole, origen, utilidad

y formas. Un verdadero agolpamiento en apariencia incoherente pero con toda una estructura lógica que lo soportaba; un breve balance estadístico confirma las proporciones de lo afirmado.

Este personaje vio desfilar ante sus ojos alrededor de 400 productos minerales, entre rocas, betunes, combustibles, sales, aguas minerales, piedras preciosas, y otros diversos destinados a la construcción, a la farmacia, a los abonos o a la elaboración de tintes. Pero eso no es todo, de diferentes regiones del país, se concentraron 2.503 tipos de unidades vegetales, maderas destinadas a la construcción, a la carpintería y a la ebanistería, también palos para tintes, para la curtiembre, diversos tipos de caucho, gomas y resinas, así como carbones y otros varios tipos. Los productos animales, aunque menos numerosos, completaron una representación apreciable de 625 entradas diversas, encontrándose allí desde animales, aunque vivos hasta pieles; cueros, pasando por lanas, cerdas, plumas, gusanos de seda, huesos, dientes, peces y derivados de la pesca, abejas, mieles y ceras, entre tantos. Luego, entre cereales, leguminosas, tubérculos, semillas, oleaginosas, plantas textiles, plantas medicinales, y los productos centrales de la economía nacional como el café, tabaco, cacao, caña de azúcar y varias obras y estudios especialmente preparados para la ocasión agrupan un total de cerca de 1.200 variedades. Esto en lo que se refiere a los productos naturales y lo que viene de la agricultura, pero aunque en mucha menor cantidad, también se mostraron productos industriales, utensilios y herramientas.

Cinco máquinas para la actividad industrial y minera, entre ellas una para explotar el asfalto, y unos 137 productos llamados entonces industriales, que van desde fibras textiles, químicos para la industria farmacéutica y las artes gráficas, para relojería, transporte, arte militar, para la higiene y la salud pública, entre tantos otros.

Adicionalmente a todo este despliegue de cosas estaban las bellas artes, que no podían faltar: 17 piezas en total entre

pinturas y esculturas casi todas recreando episodios y personajes de la historia nacional. En el salón especial dedicado a Simón Bolívar se podían apreciar 7 pinturas y 3 esculturas, todas representando gestas de la guerra emancipadora, y 3 óleos más ubicados en las galerías exteriores del palacio. También 22 cuadros que componen una exposición organizada por Bélgica con obras de sus artistas. Entre las más valiosas piezas de la muestra se encontraban las 21 piezas que componían la sección “Objetos que pertenecieron al Libertador” y una centena de obras científicas, literarias, musicales, de enseñanza de autores venezolanos. Unas 20 obras diversas de autores extranjeros fueron también mostradas a manera de ofrenda al Libertador.

¿Qué sentimientos pudo haber experimentado un caraqueño de 1883 luego de haber concluido la visita de la exposición? Seguramente muchos y distintos, y quizás nunca lo sabremos con certeza. Como se verá en lo adelante, algunos testimonios nos dan ya algunas pistas sobre la recepción que tuvo esta muestra y las representaciones que de ella se hicieron los contemporáneos. A juicio del historiador de hoy día al menos tres asuntos importantes, en sintonía con las convenciones y sensibilidades de la época, merecen ponerse de relieve. Se trata de nociones compuestas, de binomios fundamentales: la totalidad-simultaneidad, la diversidad-unidad y el optimismo-confianza, todos asuntos claves para darle fortaleza a la nación y solidez a su poder político. Siga el lector en adelante algunas reflexiones al respecto. ■

REFERENCIAS *bibliográficas*

1 “Lugar de memoria” se entiende como los “lugares simbólicos alrededor de los cuales se congrega la sociedad con propósitos diversos, por lo general vinculados a la referencia “nacional”, aunque también se expresan como instrumento de instancias regionales, raciales, religiosas o políticas. Esos “lugares” son ámbitos de comunión colectiva, reconocidos por su capacidad aglutinadora de la sensibilidad social, más allá de diferencias circunstanciales. El complejo de “lugares de memoria” de una sociedad lo integran espacios físicos de las ciudades y pueblos, monumentos, símbolos, ideas y nociones, espacios geográficos, libros, obras de arte, hechos y personajes y acciones colectivas, entre tantas otras. En esa medida la fiesta de 1883 y en particular la Exposición Nacional, se constituye desde muy temprano en uno de esos lugares privilegiados de la memoria nacional, articulado estrechamente con la referencia medular del recuerdo de Simón Bolívar. Una interesante y esclarecedora reflexión sobre los tópicos conceptuales vinculados a esta dimensión sociohistórica de la memoria puede ser revisado en la obra colectiva bajo la dirección del historiador francés Pierre Nora, *Le lieux de mémoire*, publicada por primera vez en Francia en 1984.

2 En las Obras completas de Adolfo Ernst se encuentran valiosas informaciones sobre la participación de Venezuela en algunas de las exposiciones internacionales realizadas entonces en diversas partes del mundo. El propio Ernst se aventura en una definición: “...las exposiciones, sean nacionales o internacionales, industriales, artísticas o científicas, son manifestaciones significativas del progreso moderno, y como tales, pertenecen casi todas a la segunda mitad de nuestro siglo”. A. Ernst, *La Exposición Nacional de Venezuela en 1883*, t. III, p. 8.

3 “Demostración de la venta de billetes de entrada”, en A. Ernst, *Ob. Cit.*, t. IV, p. 386. Ernst estima que a los 62.761 vendidos habría que añadir unos 3.000 billetes adicionales que fueron obsequiados. Se trata de una cifra sorprendente, especialmente si se considera que hacia 1881 se estima la población de la ciudad en un poco más de 55.000 habitantes. Ambas cifras deben ser vistas como elementos referenciales. Ernst pudo abultar las cifras a los efectos de abonar a favor del éxito de la exposición, de la cual era su responsable. Por otra parte las estimaciones demográficas de entonces deben ser consideradas críticamente dada la precariedad de los sistemas y las dificultades para la realización de los censos.

4 La organización de la exposición corrió por cuenta de la Junta Directiva del Centenario, presidida por Antonio Leocadio Guzmán, padre del presidente de la República.

5 Adolfo Ernst tuvo el cuidado de realizar una completa memoria del evento y publicarlo: *La Exposición Nacional de Venezuela en 1883*, 2 tomos. Caracas, Publicación del Ministerio de Fomento, 1884. En esos volúmenes se retiene la documentación fundamental relacionada con la citada exposición. El primer tomo contiene el catálogo general y notas y comentarios del autor. El segundo presenta una selección completísima de cartas y documentos.

6 Algunas crónicas sobre la exposición fueron publicadas en prensa o editadas en forma de libro o folleto; entre ellas merecen citarse: Luis Hurtado Sánchez, *Las fiestas del primer centenario del Libertador Simón Bolívar*. Caracas, Imprenta Editorial, 1883; Adolfo Ernst, “Revista de la Exposición Nacional del Centenario”, en *Boletín del Archivo Histórico de Miraflores*, Caracas, nos 116-117, 1983. Una noticia interesante la realiza el escritor colombiano Isidro Laverde Amaya,



“La fiesta del Centenario”, en *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, Caracas, jul.-sept. 1967, no 199, pp. 472-474.

7 “Enumeración de los diversos agrupamientos de objetos en la Exposición Nacional del Centenario ordenada según localidades”, en A. Ernst, *Ob. Cit.*, t. III, pp. 36-46. Es posible esta reconstrucción gracias al minucioso catálogo comentado que realizó A. Ernst, *Ob. Cit.*, t. III, pp. 47-700.

Pedro Calzadilla. Profesor de la Escuela de Historia de la Universidad Central de Venezuela. Fue director del Centro Nacional de Historia y del Museo Nacional de Historia. Actualmente es Ministro del Poder Popular para la Cultura.

Este ensayo fue publicado en la revista *Tierra Firme*, vol. 21, no 81, Caracas, marzo de 2003. Una versión ampliada y corregida fue incluida en el libro *La Exposición Nacional de 1883: Memoria, Identidad y Nación*, Centro Nacional de Historia, Caracas, 2009. Lo aquí publicado corresponde a la primera parte de este ensayo, luego Pedro Calzadilla hace algunas reflexiones sobre el relato expositivo construido por las élites capitalinas y de las regiones, como expresión del orden dominante de la sociedad y del proyecto nacional fundado sobre la plataforma civilizatoria europea.